

XVIII

Un caso digno del rey Salomón

Al día siguiente, y poco después de las diez, Silvano Mordle que hacía un cuarto de hora esperaba en el sitio indicado con tanta paciencia como el mojon puesto allí para marcar la distancia, vió llegar a Beatriz, y al salir a su encuentro, con una sola mirada observó que era aún mayor que la víspera la palidez y contracción de su rostro, y no le hubiese sorprendido lo más mínimo el saber que la joven había pasado una noche en blanco. Caminaron un buen rato silenciosamente, y el uno al lado del otro, hasta que llegaron a los arrabales de la ciudad, en donde Beatriz suplicó al pastor que alquilase un coche.

—¿A dónde vamos?—preguntó Mordle.

—Allí, donde dice ese papel—contestó entregándole uno a Mordle, que lo miró y no pudo contener una exclamación de sorpresa. Acababa de leer: *Posada del Pescador y la Brújula. Market Lane, Blacktown.*

El buen Mordle se preguntó con sorpresa qué era lo que tendría que hacer la señorita Clausón en una posada de quinto orden; no obstante, dió la orden al cochero y el caballo no tardó en llegar a su destino.

La *Posada del Pescador y la Brújula* había visto mejores días en épocas pasadas, cuyo recuerdo le sirvió para agregar a su título el de *Hotel de Familia y del Comercio*. Tal vez esta aserción fuese cierta o hija de un deseo muy loable de volver a conquistar su prosperidad primera.

Hallábase situada la posada en una calle muy estrecha, inmediata al mercado, y a juzgar por su apariencia era el último rincón en que pudiera pensar en refugiarse una familia, o bien uno de esos elegantes representantes del comercio moderno. Entre otras muchas cosas encerraba una sala de billar construida en el patio, sobre una de las cuadras, y a la cual se subía por una escalera de mano algo más ancha que las usadas generalmente. Allí no se encontraban más atractivos: que éste y unas cuantas botellas de brillantes etiquetas, y algunos barriles limpios y parados, colocado todo en estanterías detrás de un mostrador de madera de nogal y estaño, reluciente en fuerza de usado.

¿Qué podía ir a hacer Beatriz a semejante sitio? Una cosa muy sencilla: la viuda a cuyo cargo estaba el establecimiento era una antigua amiga de los Rawlings, y estos respetables señores vivían en su casa, habiendo visto Beatriz sus señas en la tarjeta que dejaron los tocineros en casa de sus tíos. Todo se debía a que Beatriz deseaba hablar a la señora Rawlings.

En el instante en que el coche se detuvo ante la posada, el reverendo Mordle se quedó mirando con aire interrogador a su compañera como pidiéndola explicaciones. Desde luego no se ocultó a su perspicacia que a la primera ojeada había percibido Beatriz el aspecto poco tranquilizador de la Posada del Pescador, apariencia que contribuía a hacer menos tranquilizadora la presencia de un hombre de avinado y granujiento rostro, que apoyado en el quicio de la puerta, fumaba tranquilamente su pipa lanzando al aire densas bocanadas de humo. Observó también que la joven estaba muy agitada.—Hicisteis muy bien—la dijo—no queriendo venir sola.

—¿Queréis hacerme el obsequio—respondió Beatriz,—de preguntar si una señora puede hablar con los señores Rawlings que se hospedaban aquí?

Mordle obedeció y Beatriz bajó el velete de encaje unido a su sombrero, y cerró los ojos como para escapar a la visión de todo lo que la rodeaba, a la vez que murmuró con acento resuelto:—¡Es preciso!

No había abierto aún los ojos cuando oyó volver a Mordle. Este, con voz clara, aunque algo contenida por la admiración, la dijo que la persona por quien preguntaba estaba



dispuesta a recibirla. Beatriz hizo un movimiento para salir del coche; pero el pastor no abrió la portezuela.—¿No será posible, señorita Clausón—la dijo,—que os reemplace? Decidme lo que deseáis, porque no me parece conveniente que entréis ahí dentro.

El pastor se expresó con más gravedad que la acostumbrada en él, porque pensaba lo grande que sería la consternación de Horacio y Herberto si llegaba a sus oídos la noticia de que su sobrina había visitado un antro de aquella naturaleza. Parecióle que hacía traición a la confianza que le dispensaban, y hasta que adquiriese la seguridad que el fin justificaba los medios, su conciencia no iba a estar tranquila.

—No—respondió Beatriz,—se trata de un asunto que yo sola puedo poner en claro. Os ruego que no me sigáis, y os agradeceré en el alma que me esperéis.

Mordle abrió la portezuela de muy mala gana, y dominado por desagradables presentimientos, vióla pasar al lado del hombre de rostro avinado, que se volvió para dejarla pasar, dirigiéndola al mismo tiempo una mirada de insolente aprobación, y luego desaparecer tras el mostrador de brillante estaño, adornado con multitud de botellas de colores abigarrados, para desaparecer más tarde por el fondo del salón. Cuando la perdió de vista comprendió, y Mordle era demasiado listo para no ocurrírsele que la presencia de un clergyman produciría un efecto desastroso en cuanto le viesen parado a hora tan temprana ante una taberna. Huyendo de este peligro se reclinó en el fondo del carruaje, procurando hacerse invisible, y esperó el regreso de Beatriz, admirándose más y más cada vez. En el fondo creyó que el motivo que la llevaba allí era digno de ella y, no obstante, no se hallaba a gusto, y las imágenes de Horacio y Herberto le perseguían, pues por más que supiese que eran muy caritativos—Mordle no dudaba que Beatriz llevaba a cabo una obra de caridad—le constaba que aun el más apremiante llamamiento a la bondad de su corazón habría sido suficiente para que al permitirle penetrar en un paraje sospechoso, o bajo el techo de un establecimiento de reputación tan dudosa como la Posada del Pescador, esto haciendo caso omiso de que las obligaciones caritativas de Hazlewood no se extendían más allá de la parroquia de Oakbury.

Al dejar a su espalda el mostrador, encontró Beatriz al ama de la casa en el corredor, y era tanta la corpulencia de esta última, que casi lo llenaba. La hospedera contemplóla cariñosamente, acompañándola luego a una especie de trastienda, situada detrás del mostrador. Las trastiendas de esta clase de establecimientos suelen estar alhajadas, si no con lujo, a lo menos con bastante comodidad, y la de que nos ocupamos no constituía una excepción de la regla general. Era una habitación algo baja de techo, no desprovista de adornos, puesto que cubría sus paredes una preciosa bandeja con incrustaciones de nácar, muchas estampas iluminadas y un documento grabado sobre cobre y rodeado de un magnífico cuadro que decía que el difunto propietario de la taberna había sido miembro de la orden de los Excéntricos. Beatriz no se fijó en nada, cogió la silla que la ofrecían y sin levantar el velo esperó la llegada de la señora Rawlings.

En el mundo no existe una sola mujer que no tenga pretensiones a su respetabilidad, a la que no se le ocurra introducir alguna alteración a su tocado, cuando la anuncian que la espera una visita desconocida. Beatriz hubo de someterse a esta costumbre y esperar unos minutos antes de obtener la audiencia deseada. Abrióse al cabo la puerta y la joven se puso en pie haciendo un esfuerzo para dominar su emoción al ver la cara honradota y vulgar de la Rawlings, que expresó gran asombro al comprender a la primera ojeada que la persona que se hallaba en su presencia era muy distinta a las que acostumbraban honrarla con su visita matinal. Como consecuencia de esto y debido a no sé qué que se desprendía de la persona de Beatriz el saludo hecho a ésta, que empezó con un ligero movimiento de cabeza y terminó con una reverencia, fué breve.—Hacedme el favor de sentaros, señorita—la dijo.—Me han dicho que deseabais hablarme.

—Sí—respondió Beatriz en voz baja pero clara.—Quiero hablaros del niño que reclamáis como vuestro. Deseo enterarme de lo que tenéis que decir en apoyo de vuestra reclamación.—La señora Rawlings hizo un gesto y su fisonomía adquirió un acento grave.—¡Ah! Entonces es preciso que llame a mi marido; él es quien se ocupa de ese asunto—contestó levantándose. Beatriz la detuvo con un



gesto imperioso.—Es con vos con quien deseo hablar. Hacedme el favor de que nadie nos interrumpa.

La señora Rawlings se sentó de mala gana y contempló con creciente curiosidad a su interlocutora, que añadió con acento de vehemente reproche, al que se mezclaba algo de desprecio:—¡Decidme de una vez, decídmelo; ¿cómo os atrevéis a reclamar como a vuestro hijo a un niño al que sólo habéis visto por primera vez hace algunos días?

La señora Rawlings no supo qué contestar; no veía los ojos de su interlocutora, pero adivinaba que estaban fijos en ella con severa expresión tratando de adivinar la verdad en su trastornado semblante.—Hemos perdido un niño—murmuró con voz vacilante,—un niño querido de esa misma edad. Mi marido está seguro de que es ese.

—Pero, ¿y vos? ¡No lo estáis! Un hombre puede equivocarse en ese punto, una mujer no. Una madre no olvida nunca a su hijo, y no reconoce por suyo al de otro.

—Mi hombre está tan seguro que se figura que tiene razón—replicó la señora Rawlings.—¡Pobre marido mío! Desde que desapareció nuestro hijo, busca por todas partes. Algunas veces eso lo puso como loco, y ahora que lo encontró quiere recobrarlo.—Esta última frase revelaba una decisión irrevocable y tras ella se adivinaba la amenaza.

—Y ese no lo recobraré—replicó lentamente Beatriz.—Escuchadme. No tenéis ninguna esperanza de conseguirlo. Su madre sabe en poder de quién se halla, y si lleváis adelante la reclamación, presentaré pruebas acerca de su identidad. La presentación de esas pruebas causará graves perjuicios, no lo dudéis, mas a pesar de eso se hará. Mirad—añadió sacando de su bolsillo la tarjeta que descosiera del trajecito.—La persona que tenga derecho sobre ese niño, debe de conservar en su poder la mitad de la tarjeta que corresponde y la presentará si es necesario.

—No conozco ni tarjetas ni pruebas—contestó la Rawlings, cuya facultad de comprensión no llegaba hasta el extremo de apreciar lo ingenioso del recurso.—Lo único que sé es que mi marido jura y perjura que le ha reconocido y que yo lo creo. Bastante sufro hace dos años y no le he visto como ahora.

—No lo creéis tanto como lo decís—respondió Beatriz con el mismo acento resuelto,—pero por darle gusto, decís

que sí a todo y estáis dispuesta a robar un niño que no es el vuestro. Parecéis muy buena, y, sin embargo, vais a causar un daño irreparable a otra mujer.

—No tengo intención de hacer daño a nadie, señorita, pero si el niño no es mío, debo manifestaros que la madre que abandona a un querubín como ese, no vale gran cosa. Os escuché durante mucho rato, y tal vez haya dicho algo más de lo conveniente. Si queréis ver a mi marido, voy a llamarle—dijo la Rawlings y se puso en pie como dando por terminada la audiencia. Beatriz también se puso en pie mirándola cara a cara. Por la primera vez durante la entrevista levantó el velo, dejando que la otra viera su rostro.—No—contestó con extraña vehemencia,—porque he de deciros algo más, mucho más, miradme bien y tened la completa seguridad de que os digo la verdad. ¿Qué me contestaríais si os dijera que conozco a la madre de ese niño, que sé por qué causas le enviaron a Hazlewood y que sé que esa madre, si a ello le obligan las circunstancias, lo reclamará públicamente pasando por todas las humillaciones antes que cederlo a otra mujer? ¿Acaso no os decidirá todo esto? ¿No os bastarán todas estas razones para que comprendáis que debéis persuadir a vuestro esposo de que debe abandonar ese proyecto?

Estas apasionadas expresiones produjeron algún efecto en la Rawlings que se turbó, y a pesar suyo bajó los ojos, que hasta entonces tuviera fijos en su interlocutora.—Es inútil—dijo meneando la cabeza,—completamente inútil; está decidido a que ese niño venga con nosotros y dirá que eso es una mentira.

—¡Bien! Voy a deciros aún más. ¡Miradme y escuchad! Poneos en mi lugar y ved a lo que me obligáis. ¡Os digo que ese niño es mi hijo! ¿Comprendéis? ¡Es mi hijo!—Y cruzó las manos. La Rawlings meneó la cabeza.—¡Es mío—repitió Beatriz,—y yo soy su madre! ¿Hablo con bastante claridad? Ese chiquitín es mío y guardé ese doloroso secreto con mucha pena. Ahora, atreveos a reclamarlo; ¿os atreveréis a decir que es vuestro hijo? ¡Respondedme!

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró la Rawlings. El rostro de Beatriz estaba tan pálido como el de una muerta y respiraba con tanta angustia como una persona que sufre mucho. A la sazón en que obligada por la fuerza de las circunstancias, habíase visto en la precisión de



revelar el secreto de su vida, habló como sucede a todo el que, habiendo manifestado todo lo que no puede decirse, le importa muy poco o nada que en adelante pueda escapársele.—Excepción hecha de mí y de otra mujer, nadie conoce el secreto del nacimiento del niño. Durante mucho tiempo sentí vivísimos deseos de conservarle a mi lado, y pasé mucho sin atreverme a verle. Cuando esto sucedía se presentó una ocasión e hice que me lo envasen, arreglándolo todo de manera que pudiese quedarse conmigo y nadie sospechó que fuese mi hijo. Al obrar de esta manera, no hice daño a nadie, y así que podía cuidarle y educarle, me consideré dichosa, y ahora, sin que eso pueda producirnos ninguna ventaja, queréis obligarme a revelar mi secreto o a separarme de él... ¡Y sois una mujer... una madre! ¡Parece imposible que tengáis el corazón de una mujer!

Beatriz dirigió una mirada a la Rawlings y ésta observó que las lágrimas empañaban los ojos de la joven.—Creo que sois buena—continuó diciendo Beatriz con acento más suave,—me obligasteis a revelaros mi secreto, el dolor de mi vida, pero creo lo guardaréis sin revelarlo.

Beatriz no tenía intención de suplicar y, sin embargo, su voz adquirió un tono conmovedor de súplica. La Rawlings se conmovió mucho, retorcióse las regordetas manos y las lágrimas humedecieron sus mejillas. A pesar de los años pasados en perfeccionar, plegar y recortar esos papeles blancos de caprichosas formas que adornan los sabrosos géneros que se expenden en las salchicheras, aquella mujer conservaba aún su corazón humano.—¡Oh! ¡Pobre señorita! ¡Pobre señorita!—exclamó.—¡Tan joven, hermosa y simpática! ¡Verse perdida de ese modo! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué miserables son los hombres, tanto ricos como pobres!

Enrojeció Beatriz, quiso hablar y la voz se anudó en su garganta.—¿Estáis satisfecha, ahora?—preguntó con voz trémula.

—¡Sí, señorita, sí! ¡Cuánto siento, pues, lo que ha sucedido! ¡Hicisteis muy bien en fiaros de mí; no tengáis cuidado, que ni una sola palabra saldrá de mis labios.

—¿Y vuestro esposo?

—¡Oh! ¡Dios mío! Haré todo lo que esté a mi alcance. Será preciso que le diga que no es nuestro; sé que va a

pasar un mal rato; es un buen hombre y excelente esposo, pero, a decir verdad, se excita con demasiada facilidad. Os lo aseguro señorita, está íntimamente convencido de que el niño es suyo, y en cuanto a mí, confieso que no lo estaba tanto, y que si asentí a lo que dijo, fué porque vi que así era feliz. De todos modos hubiera querido tanto a ese niño como si fuera el mío. Os aseguro que en adelante no se os molestará más, pero el pobre se va a llevar chasco.

—Tal vez una indemnización...

—¡Oh! ¡De ningún modo, señorita! Hace dos años que Rawlings descuida mucho sus negocios y que su hermano está muy descontento, pero aun nos queda algo a un lado y bien saneado por cierto. ¡Ah! No se trata de eso, señorita, no tenía más que una idea, la de ver a mi hijo.

—¿De qué modo perdisteis ese niño?—preguntó Beatriz, y la Rawlings se quedó algo confusa.—No puedo menos de creer, señorita, que el pobre niño se ahogó, y que no se le encontró porque le arrastraron las aguas, pero Rawlings no quiere creerlo.

Beatriz dió las gracias con expresión digna a la señora Rawlings y acompañada por ésta se dirigió hacia donde se hallaba Mordle aguardándola. Había conseguido su objeto, pero el precio que la costó, ella sola lo conocía. No es difícil imaginar hasta qué punto debió serla cruel el tener que confesar su secreto a una mujer desconocida, y fué tan grande la humillación que experimentó, que deploró amargamente haber encontrado la víspera a sus tíos cuando fuera en su busca para revelarles lo que acababa de decir a la Rawlings.—Bien mirado no hice más que retrasar el escándalo que tarde o temprano estallará—murmuró con amarga sonrisa. Y sin poderlo remediar, exhaló un suspiro, que Mordle cogió al vuelo.—Supongo que no os habrá ocurrido nada desagradable—la dijo.

—El negocio no era de esa naturaleza; con todo, lo terminé tal cual lo deseaba.

Mordle no añadió más, y cediendo a los deseos de Beatriz, la acompañó a uno de los principales almacenes de géneros de Blacktown. Dióle las gracias y al escuchar éstas comprendió que no necesitaba más de sus servicios. Volvióse muy pensativo a Oakbury y hasta que se halló fuera de los límites de su parroquia no volvió a recobrar su aspecto alegre.—¿Sería una visita que tuviese por objeto,



hacer una obra de caridad? Entonces, ¿a qué ese misterio? ¿A qué dirigimos a la Posada del Pescador?

Llegó el sábado como todo llega en este mundo. Durante la mañana de ese día de tantos quehaceres en las casas bien organizadas, Herberto y Horacio Talbert se mostraron inquietos. Por la mañana, y mucho antes de la hora fijada, no hicieron más que asomarse a las ventanas o a la puerta de la quinta, esperando de un momento a otro la llegada de Rawlings, anunciada por Blackett y Wiggins y mirando con inquietud a todos lados. Beatriz parecía hallarse tranquila y hasta satisfecha; su instinto de mujer la indicaba que el peligro había desaparecido.

A las dos se presentó Horacio en su cuarto.—¿Sabéis, querida sobrina, si Miller lo tiene preparado todo para que el niño pueda marcharse en seguida?

—No, no vendrán a buscarle. Era una amenaza vana—contestó, y Horacio y Herberto cambiaron una rápida mirada, porque les constaba que la amenaza de los curiales no tenía nada de vana, pero nunca se imaginaron, ni siquiera por soñación, de qué modo se había evitado el peligro. Dieron las tres, las cuatro, las cinco, y no pareció ningún cabriolé ni carruaje de otra clase llevando a los Rawlings o a sus representantes legalés. Amaneció el domingo, y lo mismo el lunes y el martes, y hasta el resto de la semana, transcurrieron sin que la más ligera nube empañase el tranquilo horizonte de Hazlewood, y los Talbert se vieron obligados a confesar que su sobrina estaba en lo cierto al anunciar que todo peligro había desaparecido.—Me parece—dijo Horacio,—que Beatriz está dotada de una penetración muy notable.

—Muy notable, en efecto—respondió Herberto, mas si el reverendo Mordle, que fué a pasar la velada en su compañía, hubiese faltado a su promesa, revelándoles su excursión con Beatriz, los dos hermanos dudarán mucho antes que atribuir a su sobrina una cualidad a la que no tenía ningún derecho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
C. U. DE LA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIX

Dulzuras de la libertad

¡Oh! ¡Libertad hermosa, don el más preciado del hombre, dispensadora pródiga de todas sus alegrías y fuente inagotable de las humanas felicidades, bendita seas! Todos los poetas cantaron tus glorias y todos los escritores más célebres han ensalzado tus beneficios en cuantos idiomas se hablan sobre la redondez de la tierra. Por ella murieron los patriotas, y los hombres de Estado—creo que los de nuestros días sobre todos los demás—se sirven de ella como de un excelente caballo de batalla. El asunto es tan fértil y las citas abundantes, que es innecesario hablar acerca del estado de ánimo del amigo de la Miller, Mauricio Hervey, el exnúmero 1080, cuando las puertas del presidio de Portland se abrieron a su paso para liberarle de su forzada hospitalidad y devolverle a la libre circulación.

Era, a contar de aquel instante, libre, excepción hecha de la obligación de presentarse una vez al mes ante un delegado de policía, y salvo esta vigilancia tan repugnante a la naturaleza generalmente reservada de un licenciado de presidio. La «brillante diosa» se apareció por vez primera a Mauricio Hervey, desde hacía muchos años, el mismo día en que Beatriz y Mordle hicieron su excursión a Blacktown. Nadie informó a la Miller de este fausto acontecimiento, y no tuvo ella la culpa de esta omisión, porque escribió dos cartas al gobernador de Portland, las dos fechadas en un punto inmediato a Londres. A la primera



contestaron ofreciéndola decirle la fecha y la segunda quedó sin respuesta, siendo lo siguiente la causa de esa aparente descortesía. Al acercarse el día en que debían dar su licencia a Mauricio dijeron a éste que una amiga suya había escrito al gobernador y le preguntaron si deseaba que le mandasen a Londres para que pudiese ir en su busca. Mauricio bajó la cabeza, mirando al suelo, declaró que sentía tener que confesar que debía el estar alojado allí por cuenta del gobierno a los consejos de aquella mujer y que si iba a Londres pondría de su parte todo lo posible para no encontrarla. En vista de esta contestación consideróse como no recibida la última carta de la Miller.

Mauricio era un granuja que ocultaba sus defectos bajo cierto barniz de educación y al que condenaran a cinco años de presidio por complicitad en una emisión de billetes de Banco falsos. Sin necesidad de apelar al severo tratamiento impuesto al apóstol San Pablo, era, lo mismo que la mayor parte de los individuos reclusos en virtud de un interés social, capaz de comprender que hubiera sido absurdo rebelarse contra su mala fortuna. Habíanle condenado a pagar su deuda a la sociedad, y la rebelión sólo podía contribuir a que le exigiesen el pago hasta el último céntimo, mientras que con una buena conducta y dando pruebas de sumisión, tal vez conseguiría una avenencia con sus acreedores. Después de meditarlo resolvió desempeñar lo mejor que pudiese los trabajos a que le destinasen.

Demasiado inteligente para ensayar siquiera la antigua estratagema tan usada en los presidios, fingiendo una conversión y pidiendo hablar al capellán de la cárcel, pensó que estos señores debían estar muy escarmentados, y se contentó con adoptar un aire inofensivo, hablando cortésmente con todo el mundo sin quejarse de nada y molestando lo menos posible. Sólo cuando por las noches le encerraban en su celda era cuando el número 1080 rugía, rechinaba los dientes y lleno de rabia se retorecía las manos. Entonces únicamente desahogaba su corazón lleno de aspiraciones hacia la libertad, profiriendo en voz baja amargas imprecaciones y juramentos de venganza. Antes de salir de Portland le dijeron que la *Sociedad de socorros a los presos puestos en libertad* haría alguna cosa en su favor en vista de su buena conducta.

Mauricio dió las gracias por tan buenas intenciones, y añadió que a menos de no habérsele enmohecido la mano con la falta de práctica, sentíase aún capaz de ganarse el sustento para vivir honradamente—y con mucho énfasis recalcó esta última palabra,—manifestando que era artista y que reanudaría sus trabajos aunque fuese bajo otro nombre. Mientras duró su detención dió a sus guardianes pruebas de capacidad haciendo sobre una pizarra algunos grabados de dibujo bastante complicado y difícil y no exento de arte, que aun se enseñan como curiosidades a los que visitan el presidio.

Como se ve, volvemos a encontrar a Mauricio Hervey libre en una calle de Londres, a las cuatro de la tarde del segundo día del año. En su aspecto nada llamaba la atención, pues por una disposición llena de humanidad, durante los tres meses que preceden a su licenciamiento se permite a los presidiarios dejarse crecer el pelo y la barba, y en estos tiempos en que es moda no llevar el pelo largo, la cabeza de Hervey no constituía un indicio peligroso. El traje con que reemplazó al ordinario uniforme del presidio, era de tela grosera y mal hecho, pero no había nada en él que llamase la atención, pudiendo pasar desapercibido. ¿No encierra Londres gran número de personas respetables que no tienen peor ni mejor facha que Mauricio Hervey? ¡Libre al fin! ¡Libre para ir a donde se le antojase y hacer lo que le pasase por la cabeza!

Hallábase en esa edad en que la vida está en toda su plenitud, y era libre para rescatar el pasado con una vida de trabajo honrado o para ceder al vicio y envilecerse más. En su bolsillo llevaba cinco libras esterlinas, diecisiete chelines y seis peniques, fruto del ahorro de muchos años de forzada buena conducta y de un trabajo rudo e inevitable. Desde hacía cuatro años que sus dedos no habían tocado una sola moneda, ¿no resume en sí este solo detalle todo el horror de la vida del presidiario? El primer uso que hizo Mauricio de su dinero fué característico, y tengo miedo de que despierte la simpatía de la mayor parte de sus semejantes,—conste que al decir esto quiero referirme sólo a los hombres;—en una palabra, que entró en una tabaquería y se compró un cigarro de nueve peniques. Lo encendió, y sentándose en una silla lo fumó sumido en silenciosa beatitud.



El dependiente que se hallaba tras el mostrador contempló con excesiva curiosidad al parroquiano cuya apariencia general, y sobre todo sus manos, no parecían compatibles con el tipo de los que consumen estos cigarros. Hervey sorprendió la mirada que fijaban en sus manos, y contemplándoselas él mismo con horror, no pudo contenerse y lanzó en voz baja una expresiva blasfemia. Los años pasados en las canteras de Portland las habían puesto desconocidas, y todo parecían menos las de un caballero. Las uñas estaban raídas y los dedos hinchados y callosos, en una palabra, que toda persona algo cuidadosa de su aspecto habría procurado ocultarlas, llevándolas metidas en los bolsillos.

Los actos que siguieron a éste probaban que el expresidiario conservaba aún gustos delicados y refinados. Después de saborear hasta la saciedad el cigarro, salió de la tabaquería y empezó a buscar un bazar de ropas. Compró ropa blanca fina, botas de charol, sombrero, guantes y un traje que debía, durante algunos días, darle la apariencia de un elegante. Pidió permiso al dueño de la sastrería para vestirse dentro del establecimiento, y llevando bajo el brazo el traje debido a la generosidad del gobierno, se alejó considerándose muy satisfecho por el camino que había operado en su persona. Entretúvose aún haciendo algunas compras útiles para su equipo, y vió que su bolsillo había disminuído de volumen de una manera considerable, si bien le quedaba aún lo suficiente para comprar una maleta. Metió en ésta todo, tomó un coche que pasaba y empleó el último chelín que le quedaba en hacer que le llevasen a la puerta de un hotel de mucha nombradía. ¡Era un granuja aprovechado el tal expresidiario!

Alquiló un cuarto y mandó que le sirviesen una comida que no despreciaran ni Horacio ni Herberto. Hizo que llevasen gran cantidad de agua caliente y empleó más de media hora limpiándose y frotándose con un cepillo y jabón sus manos encañadas y deformadas. Al ver el resultado infructuoso de sus tentativas, lanzó una exclamación de rabia al asegurarse de que necesitaría muchos litros de agua caliente y algunos kilos de jabón antes de que consiguiese devolverlas su elegante forma. Con el bolsillo vacío bajó al comedor a saborear la comida, a la que añadió una botella de Champagne. En todo esto se veía que Hervey, ex-1080,

tenía elevada idea de sí mismo y del trato que debía darse, sin tener en cuenta además la indemnización que le era debida por el tiempo que dejara de disfrutar de los goces de la vida. Pasó la velada fumando y bebiendo whisky del hotel, y por muy agradables que fuésen sus ocupaciones, se retiró muy temprano. Mientras se estuvo lavando las manos, dirigió codiciosas miradas al lecho blanco y mullido que le esperaba, y que más de una vez comparó con el trozo de tela en que, sirviéndole a la vez de petate y cama, durmió durante tantos años. Las enseñanzas de la adversidad son muy provechosas, sobre todo, cuando como sucedió a Mauricio con su cama, enseñan al hombre a hallar goces en las cosas más insignificantes.

Metióse en ella, experimentando deliciosa sensación y se hundió, arrojándose como una persona friolera, en el blando colchón y las almohadas aun más blandas, llenándole de placer los cálidos abrigos del lecho. Pasado el primer momento de satisfacción material, no pudo menos de comparar el bienestar e inocente lujo de que gozaba en aquel instante con las austeridades de la vida de la penitenciaría, y juró que nunca jamás incurriría en tentaciones que pudiesen acarrearle un nuevo conocimiento con la vida de la cárcel. Con mucha frecuencia sucede esto de que el amor al bienestar y a la comodidad escudan a los hombres contra el pecado.—Además—murmuró poco antes de quedarse dormido,—soy el dueño de la situación, y no hay que pensar en semejantes probabilidades. No he de procurar más que comer, beber y divertirme durante el resto de mis días.—Lo más sencillo es quedarse dormido después de unos pensamientos tan agradables.

Al día siguiente y después del almuerzo, le pareció a Mauricio que un hombre que no tiene un céntimo y está hospedado en un hotel de nombradía, se halla en situación muy precaria. Por muy delicioso que para él fuese el goce de su reciente libertad, era preciso que obrase, que pensase en algo útil antes de que nada lo perturbase. Echóse a la calle, y después de recorrer gran número de éstas, llegó a una bastante tranquila, a cuyos lados había una porción de casitas de un aspecto regular. Llamó en una de ellas y preguntó por una señorita Martín que vivía allí cuatro o cinco años antes.—La señorita—le respon-



dieron,—se marchó hace mucho tiempo, sin decir a nadie a donde iba.

Hervey creyó que iba a ponerse malo y comprendió que dominado por su ansia de gozar de las alegrías del mundo había obrado con mucha precipitación, y que hubiera hecho muy bien en conservar intacto el producto de su ejemplar conducta.

La dueña de la casa, al ver su rostro trastornado, le indicó que podía dirigirse a la tienda de la esquina, donde tal vez podrían darle noticias de la señorita Martín. Hízolo así, y en efecto fué más feliz en sus pesquisas averiguando que su amiga vivía a pocos pasos de allí, y que a la sazón había dejado de ser la señorita Martín para convertirse en la señora Humphreys. Al oír esto echóse Hervey a reír de una manera tan extraña, que una mujer que allí estaba le miró de soslayo. Dió un aldabonazo en la puerta que le indicaron y salió a abrir una mujer joven de apariencia sencilla y simpática, llevando en brazos a un chiquitín de sonrosadas mejillas y seguida de otro que trotaba tras ella. Al ver a Hervey hubo de apoyarse en la pared para no caerse al suelo, y sin ser dueña de reprimir su emoción lanzó un grito. Mauricio se quitó el sombrero con burlona cortesía, y sin que le invitasen a ello entró en la casa. La joven se llevó los niños a otra habitación y abrió la puerta de una salita modesta, en la que hizo entrar a Hervey que se reclinó en el respaldo de una silla y dirigió a la joven una mirada de diabólica expresión; entre tanto, ni el uno ni la otra habían dicho una palabra. El primero que habló fué Mauricio.—¡Y bien! ¿Qué hay? Parece que nos hemos casado, señorita Fanny—le dijo con acento burlón.—¿Os habéis olvidado de mí?

—No—contestó con amargura la joven,—hago todo lo posible por olvidaros.

—Y no podéis conseguirlo. Esto es un verdadero cumplimento, sobre todo cuando se piensa en los años que transcurrieron de mi forzosa separación.

La mujer le miró cara a cara.—Mauricio—replicó,—estoy casada y con un hombre honrado que me ama y trabaja sin descanso para mí y para mis hijos. Sabe todo, y, sin embargo, se casó depositando en mí su honra y su confianza. Quizás os echaréis a reír burlándoos de mí si os digo que trato de ser honrada, buena madre y esposa,

pero no me extrañará, porque acostumbráis a burlaros de todo lo que es noble o bueno. Ahora os conjuro, por el recuerdo de lo que fuimos el uno para el otro, a que me libréis de vuestra presencia. Dejadme vivir en paz y haced de modo que no vuelva a veros más.—Y la joven se expresó con tan grave acento, que la falsa risa de su interlocutor resonó en el vacío después de estas palabras.

—No intento, querida, apartaros del sendero de la virtud, y mucho menos haceros daño. Ahora tengo mejor pescado en mi sartén y confío en que lo freiré a mi gusto, pero no debéis haber echado en olvido que cuando ocurrieron ciertas cosas... ¡malditas sean! y puesto que puedo hablaros con franqueza, voy a hacerlo sin rodeos. Recordaréis que cuando supe que todo estaba perdido y dada orden de prenderme, confié a vuestras manos amigas un paquetito rogándoos que lo guardaseis hasta que llegasen tiempos mejores, ¿en dónde está?

La joven se ruborizó y durante un instante no supo qué contestar. Un momento antes, al indicarle que se marchase, le habló con toda la sinceridad de su alma, pues deseaba no volverle a ver en su vida. Habiale dado cuanto una mujer puede dar a un hombre, y lo dió de buena fe, desinteresadamente, engañada por él, y todo lo que la ligaba con el pasado, todos los recuerdos, se reducían a un paquete confiado a su custodia. Mauricio se equivocó acerca de su rubor y de su vacilación y se frunció su entrecejo.—¡Vive Dios!—exclamó, dando una patada.—¡A que no lo tenéis...!

Fanny se echó a llorar.—Esperad—dijo, saliendo precipitadamente de la habitación y dejando en suspenso al visitante. Al cabo de algunos segundos volvió, llevando en la mano un paquetito que le dió en seguida.—Aquí está tal como me lo entregasteis—dijo.—Muchas veces, viéndome en la mayor penuria y no sabiendo de dónde sacar un chelín, quise persuadirme de que me lo habíais dado para servirme de él si llegaba el caso de que lo necesitase, pero os conocía muy bien, Mauricio... demasiado...

Hervey no se fijó en estas últimas palabras ni en el acento despreciativo con que la joven las pronunció, bastante para hacer que se agolpase la sangre al rostro de un hombre de honor. Abrió el paquete y sacó un reloj con cadena de oro, dos sortijas de brillantes y unos ciento cin-



cuenta soberanos. Metió el reloj en el bolsillo e intentó ponerse las sortijas. No consiguió pasarlas de la primera falange, y jurando y blasfemando se las guardó con el dinero. La joven le contemplaba tristemente.—Muchas gracias, querida—dijo alegremente.—Sabía que podía fiarme de vos. A propósito, quién sabe si os halláis en mala posición. Tomad, a mí no me costará trabajo el procurarme algunos más.—Y le ofreció unos cuantos soberanos.

—Ni un penique. Ese dinero me abrasaría las manos.

—¿Queréis al menos abrazarme en recuerdo de lo que hemos sido? ¡Vamos pues! ¡Ya va a hacer más de cuatro años que mis labios no han tocado los de una mujer!—Fanny hizo un gesto negativo y dijo:—A algunas mujeres les hubiera tenido más cuenta que vuestros labios no hubiesen tocado jamás a los suyos.—Mauricio se echó a reír cínicamente.—¡Bueno! ¡Está bien, despedámonos, si es que no hemos de volver a encender la antigua llama! ¡Memorias a vuestro respetable esposo! ¡Guardaos de las impurezas del mundo y procurad, señora, que vuestros hijos no se aparten del buen camino! ¡Adiós!

Y salió de la casa tarareando un *couplet* muy en boga cuando le condenaron a presidio.—Ahora—se dijo—tengo dinero para pasar algún tiempo y puedo imponer mis condiciones. La necesidad no me obligará a mantenerme escondido, y puedo obligar a alguna a que doble la rodilla, a pesar de su orgullo y su fiereza.—Rechinó los dientes y pateó el suelo con tanta violencia, que un anciano caballero que pasaba por su lado se asustó y apretó el paso para llegar cuanto antes al lado de un policeman que se hallaba parado a algunos pasos más allá.

Hervey permaneció algunos días en Londres sin ocuparse de nada más que de pasear. Aumentó de un modo considerable su guardarropa, fué para el hotel excelente parroquiano, honró con su presencia los teatros y se divirtió cuanto pudo. A pesar de esto no permaneció inactivo, porque recogió informes, alguno de los cuales le costó bastante trabajo obtener. Al fin supo lo que deseaba averiguar.—¡Tan cerca!—murmuró.—¡Y yo que tuve miedo de tener que marcharme de Inglaterra!

Pagó la cuenta del hotel, y acompañado del respeto de su propietario, abandonó la casa. Aquella misma noche se instaló en uno de los barrios más elegantes de esa ciudad

que se llama Blacktown. Mauricio Hervey no se dignó hospedarse en el hotel. Tal vez no tenía confianza en los establecimientos de la ciudad, o temió no encontrar en ellos el lujo y las comodidades a que aspiraba después de larga abstinencia. Tal vez suspiraba sencillamente por la calma y tranquilidad de una casa particular. Pasadas algunas horas, que empleó en sus pesquisas, encontró un dormitorio y una salita muy bien amueblados. Desde las ventanas se descubría un espléndido paisaje. La casa en que se encontraban estas habitaciones formaba parte de un grupo de inmuebles que en otro tiempo habían servido de residencia de lujo, convertidos más tarde en modestas viviendas que se alquilaban con muebles.



XX

**Noticia inesperada**

Cuando trataron del precio y convenido en un tanto aumentado como la cola de un escarabajo volador con una porción de pequeños suplementos, Hervey pidió su comida, y ésta, improvisada en una casa de esa naturaleza, se compone en la inmensa mayoría de los casos de chuletas, y habiendo encargado con mucho empeño que las asasen a la parrilla y no las cociesen, aprovechó el tiempo que le dejaban los preparativos culinarios para salir y encargar que llevasen seis botellas de whisky. El número de botellas, que anunciaba una larga permanencia, alegró el corazón de la hospedera. Con el whisky, agua caliente, azúcar y cigarros, el nuevo huésped pasó una velada que no se puede calificar de intelectual ni instructiva, pero que a él le pareció la más deliciosa de todas.

Al día siguiente manifestó intención de empezar sus correrías, pues como todos los viajeros que iban a Blacktown, parecía dispuesto a visitar las bellezas naturales de los alrededores. La hospedera, viendo que se trataba de un caballero amable y poco amigo de cumplimientos, le enumeró al detalle todos los puntos dignos de ser visitados. Tan pronto como la perdió de vista, Hervey hizo que le indicasen el camino de Oakbury y supo que sólo le separaban dos millas de este favorecido villorrio. El tiempo despejado, aunque algo frío, le animó a emprender el viaje a pie, y abandonando una larga hilera de casas y de

tiendas se internó en una angosta carretera blanca que atraviesa unas praderas verdes. A los tres cuartos de hora de emprendida la caminata, llegó a la posada del *León Rojo*, en Oakbury.

Cuando se hallan en el campo las personas de la calaña de Mauricio, tienen a gala entrar en las posadas. Así lo hizo éste pidiendo brandy y agua, y le sirvieron abundante provisión de ese obscuro licor tan agradable a los gaznates de los rústicos por la fuerza que le atribuyen. Hervey lo saboreó encendiendo un cigarro, entablando una alegre plática con el León Rojo y su Leona, que descansaban de sus ocupaciones en aquella sala que a la vez participaba de cantina y comedor. El León Rojo, un animal lleno de afabilidad y como todos los nobles animales pronto a abandonar sus trabajos para dedicarse a ocupaciones más de su gusto, viendo que su huésped era muy expansivo, se sentó cerca del fuego y dejó a la Leona el cuidado de velar por el buen orden en el departamento de los frascos y de los vasos que a aquella hora de la tarde estaba en plena actividad. Hervey le hizo una porción de preguntas, y escuchándole habríase dicho se trataba de un caballero bien acomodado que deseaba adquirir alguna finca, y antes de hacerlo quería averiguar con qué clase de vecindad tenía que habérselas. Obtuvo noticias las más minuciosas e interesantes acerca de las familias en buena posición, a lo menos de las que a los ojos del León Rojo pasaban por tales. Así averiguó el nombre de los habitantes de la gran casa blanca que se veía al extremo del prado, de los de la que se hallaba en lo alto del ribazo y de la de debajo de éste. De este modo se disponía a llegar al punto más interesante para él, cuando el ruido producido por las ruedas de un coche lo impidió, y el León al oírlo se puso en pie.

Y mirando a través del enverjado de alambre, dejó a un lado la pipa y se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Hervey miró a su vez y vió a dos caballeros de elevada estatura sentados en el pescante de un gran coche. Los dos hablaban con aire grave y hasta si se quiere triste, con el León, que con actitud muy respetuosa y gachas las orejas no parecía hallarse muy a su gusto escuchándolos. —¿Qué hay, Joe?—preguntó la Leona con alguna ansiedad, al ver que entraba su marido.



—Dicen que la última barrica de cerveza se acabó dos días antes de lo acostumbrado, y que por consiguiente, no estaba llena, ¡pues no se cuidan poco de sus provisiones!

—¡Vaya un cuento!—contestó la Leona meneando la cabeza.—Alguno que se la habrá bebido; ¡sus criados no valen más que los de otras casas!

—¿Quiénes son?—preguntó Hervey.

—Los señores Talbert, de Hazlewood—replicó la mujer sonriendo, del mismo modo que solía hacerlo siempre que hablaba de nuestros amigos Horacio y Herberto. Hervey se acercó apresuradamente a la ventana y buscó con la mirada el coche que ya se había perdido de vista.—¿Son muy ricos?—dijo sentándose.

—Sí, muy ricos y muy maniáticos—respondió la Leona con un nuevo movimiento de cabeza. De este modo quería acentuar y subrayar la acusación.

—¿Avaros?—interrogó Hervey.

—Diantre, sí, bastante avaros—dijo el León.—Es decir, que cuando compran por valor de un chelín, quieren que se les dé el doble.

—Todos somos iguales, y yo os pidó otro tanto. Así, hacédme el favor de servir un brandy para vos y otro para mí, que estén bien medidos.—El León Rojo se echó a reír y llenó los vasos, mientras que Hervey le preguntaba con mucha maña acerca de los Talbert, y no tardó en averiguar todo lo que conocemos. Entretúvose con el posadero en bromear acerca de sus inocentes manías, y felizmente para él, nuestros amigos no se hallaban al alcance de su voz, porque de ser así, temo mucho que sus chismes harían perder al León Rojo su parroquia.—Son la gente más rara del mundo. Es difícil que imaginéis caracteres parecidos a los suyos—le dijo a Mauricio el posadero.—No os lo creeréis aunque os lo diga; hace unos cuantos días seguía yo la carretera, cuando me crucé con ellos que iban en coche y no llovía sino que diluviaba. De pronto veo que se defienen ante los setos que rodean su parque, y al señor Herberto que echa pie a tierra, y apoderándose de la fusta empieza a golpear furiosamente con el mango encima de las zarzas. Al verle, y creyendo que sucedía alguna desgracia eché a correr, pensando que les pasaba algo grave; ¡en mi vida lo hubiese creído si me lo contaran! Estaban dando aquellos golpes para quitar un pedazo de papel que ha-

bía volado hasta allí. Y continuó dando golpes hasta que lo quitó, y mientras tanto el señor Horacio permanecía sentado en el pescante cuidando de los caballos y contemplando la operación con tanta ansiedad como si de ella dependiese su vida; ¿no es verdad que es cómico ser tan maniático?

Hervey fingió que le divertía mucho este incidente, y continuó sus preguntas. Valiéndose de esos medios, averiguó todo lo relativo a la sobrina de los Talbert, que desde hacía tiempo estaba en su compañía. No tuvo más remedio que escuchar los nombres y costumbres de los habitantes de Hazlewood, desde el más antiguo, Whittaker, hasta el más moderno, o sea la Miller, la niñera de Enrique. Creemos inútil manifestar que le contó la historia ampliada de la misteriosa llegada del niño. Al escucharla no pudo por menos de extrañarse, a pesar de la reserva que se había impuesto, y pintóse en su rostro una expresión de asombro extraordinario. Levantóse, no pudiendo contenerse más, y se despidió del León Rojo, y tan absorto le dejó la historia que acababa de escuchar, que se olvidó de beber, rasgo que honró al talento oratorio del posadero.

Al salir de la posada, internóse Hervey en la primera encrucijada de la calle, que era un sendero sin salida. Una vez allí, libre de todo testigo, tuvo accesos de loca alegría por medio de actos a los cuales se entrega cualquiera después de haber recibido una buena noticia. Dióse palmadas en las piernas, restregóse las manos y se echó a reír, lanzando ruidosas carcajadas, pero con una risa de mal agüero que hizo adquiriese su boca un pliegue siniestro y cruel y su mirada por anticipado el brillo de una alegría maligna.

—¡Qué suerte! ¡Qué suerte más asombrosa!—exclamó.—¡Lo adivino todo desde el principio! ¡A fe mía que supieron prepararlo con habilidad! ¡Vive Dios que no pecaron de torpes! ¡Ahora está en mi poder! ¡La tengo en mi poder!

Tranquilizóse un tanto, volvióse a la carretera y preguntó cuál era el camino más corto para dirigirse a Hazlewood. Al llegar delante de la casa permaneció durante mucho tiempo parado ante la puerta; pero no viendo desde su puesto de observación más que los tubos de las chimeneas, dió la vuelta de modo que pudo formarse una idea más exacta del edificio.—¡Todo eso vale mucho dinero e indica que ahí dentro lo hay en gran cantidad! ¡a espuestas!



—murmuró con mucha satisfacción. Acercóse de pronto a la puerta como si le hubiese ocurrido la idea de hacer una visita a nuestros amigos, pero pronto desistió de ella.—No —dijo alejándose,—el nuevo elemento que se presenta cambia por completo la cuestión. No nos apresuremos y meditemos despacio acerca de lo que sea más conveniente. Voyme a casa, y fumando una pipa y bebiendo un vaso de whisky veré lo que es más acertado—y se alejó pensativo, y durante bastante rato anduvo dando vueltas por la avenida que conducía a casa de los Talbert.

Sucedía esto en un hermoso día de invierno en que el sol brillaba con tanta fuerza que la escarcha depositada por la noche en las hojas se licuaba bajo sus rayos convirtiéndose en gotas de agua que toman el centelleo del diamante y que después de agitarse temblorosas, como asustadas del cambio de su naturaleza durante un momento, iban a caer en otra hoja colocada más abajo. Una neblina azulada, que no era esa niebla gris del invierno cerníase a lo lejos, en el horizonte, y el aire aunque frío era seco, siendo, en fin, uno de esos días en que una mujer encargada del cuidado de un niño y conocedora de su obligación escoge entre mil para que éste dé un largo paseo.

La Miller conocía perfectamente su obligación y nada más natural que siguiese tranquilamente su camino por la avenida llevando al niño de la mano para acompañarle a comer, mientras que Hervey paseaba por esa misma avenida. Este último, abismado en sus reflexiones, oyó de repente una voz, y levantando la cabeza vió a una mujer con un traje muy oscuro llevando de la mano a un chiquitín de rubio cabello. Paróse en el acto y los contempló; pero aquel día Hervey se diferenciaba tanto de la fiera enjaulada que la Miller viera en el presidio, que ésta habría pasado a su lado, sin conocerle. Vestía con elegancia, y si le hubiese convenido pasar inadvertido, sin dificultad se codeara con aquella mujer sin que llegase a imaginar que estaba en libertad, pero como esto no formaba parte de sus planes, se detuvo y la esperó. La niñera levantó la cabeza, vióle parado ante ella, le reconoció y habría lanzado un grito de angustia a no detenerla el temor de asustar al niño. Abrió un poco la boca y quedó mirándole fijamente cual si se hallase en presencia de un aparecido, hasta

que se inclinó y dijo al niño.—¡Corred, querido, corred tan de prisa como podáis!

El niño le obedeció y Hervey no intentó detenerle, pero se volvió para seguirle con la mirada. Pasado un rato en esta contemplación se volvió para mirar a la Miller. Esta, algo repuesta del choque que recibiera, le contempló con menos temor que ira y expresión de reto, y se adelantó algunos pasos como para impedirle su entrada en Hazlewood.—¿Qué hacéis ahí?—le preguntó con cólera.

—¡Qué preguntas más extrañas hacéis, mi querida Sarah!—contestó Mauricio burlándose.—Acordándome de vuestros ardientes deseos de que quedásemos de acuerdo para una entrevista, ¿os asombra que tan pronto como estuve en libertad viniera a buscaros?

—Me habéis encontrado, ¿qué queréis? decidlo pronto.

—¿No lo adivináis, querida Sarah? Cuando en el verano pasado me hicisteis aquella visita agradable, os dije por qué cosas suspiraba en este mundo, y vengo a veros para que me ayudéis a encontrar a otra persona.

—Está a cien millas de aquí. No la volveréis a ver más en vuestra vida—replicó Sarah que al decir esta mentira sintió que su corazón se oprimía porque el brillo de los ojos de Hervey la hizo comprender que mentía en vano.

Mauricio se echó a reír como quien se considera dueño de la situación.—¡Qué no la volveré a ver más! ¡Estoy inconsolable!—respondió.—Mas la casualidad hace que se aproximen a veces las personas. ¿Quedamos en que no puedo contar con vos para que me deis de buen grado o me vendáis esos informes?

—¡Antes me arrancaría la lengua!

—¡Oh! ¡Sois el modelo de las criadas fieles! Veo que es inútil preguntaros nada, pero hablemos de vos, ¿tenéis una buena colocación en las cercanías?

—Eso es lo que no os importa—contestó secamente Sarah, y Hervey se echó a reír.—Tendría una gran alegría al saber que ocupáis una buena posición y que encontrasteis una colocación propia a vuestra edad. Parece que cambiasteis poco, mi pobre Sarah, y si habéis progresado no es en nuestro favor porque parecéis veinte años más vieja que cuando os conocí.—Sarah no hizo caso de este sarcasmo y Hervey continuó, sonriendo diabólicamente:—¿Qué colocación es esa? Ya sabéis que siempre me interesé mucho por



vos. ¿Sois niñera? A lo menos así se desprende de vuestras ocupaciones.—Y con la cabeza indicó la dirección en que se había alejado el niño, que en pie a algunos pasos de distancia esperaba a que se reuniese su niñera, admirándole mucho que ésta se entretuviese con aquel caballero.—Sí, soy niñera—contestó malhumorada Sarah.

—¿Y ese niño es uno de los que os están confiados? ¿El más chiquitín tal vez? ¡Es una criatura preciosa! ¿Sabéis que con mucha frecuencia soñé tener uno parecido? ¡En verdad que creo estoy adornado de todas las disposiciones que se necesitan para practicar las virtudes domésticas! ¿Qué os parece, querida Sarah?

—¡Qué tenéis el alma más negra que el carbón!—exclamó ésta con mucha vehemencia.—¡Por qué no habréis muerto en presidio! Dios sabe cuántas veces se lo pedí.

—¡Y ese ruego no ha sido escuchado! ¡La súplica del justo! ¡Se conoce que todo anda muy trastornado por allá arriba, mi buena Sarah! No tengáis miedo, que en vez de vengarme deseo devolveros el bien por el mal que me deseáis; así que os deseo mejor suerte. Ved lo que son las cosas, conozco un poco las haciendas y las personas de los alrededores y si hubiese de aconsejaros que aceptaseis alguna colocación, sería por ejemplo en casa de dos caballeros de alguna edad, apellidados Talbert, y que viven en Hazlewood con una sobrina soltera llamada Beatriz Clausón... ¿No os parece que en esa casa os hallaríais como el pez en el agua, mi buena Sarah?

Hasta aquel instante había jugado con ella como el gato juega con el ratón, pudiendo suponerse que no conocía la verdad, y Sarah procuró dominarse con mucho cuidado para que ni un ademán, una palabra o una mirada revelasen lo que tanto interés tenía en ocultar. Pero una vez enterada de que el gato sacaba las uñas, creyó inútil seguir jugando al más astuto, y sin poder contener un gemido, hizo lo posible por terminar la lucha.—¿Queréis dinero? ¿Lo aceptaréis?—preguntó.—¡Oh! Sí, Sarah, sí, lo aceptaré.

—Y desapareceréis para siempre. Decidme en dónde podré veros mañana. Iré a visitaros y lo arreglaré todo.

—¡Ah! ¿Qué os habéis figurado? No sois vos quien tiene que arreglarlo. No quiero intermediarios; no os necesito para nada, Sarah.—Esta hizo un gesto de impaciencia.—Decidme lo que deseáis—dijo con acento colérico,—

marchaos y obrad tan indignamente como os plazca. Lo que es ahora tendréis que habérolas con hombres y no con pobres mujeres.—Mauricio se puso serio, dejando de reír y burlarse, y cogiendo a Sarah por la muñeca y chispeándole los ojos de ira, la miró de frente a frente.—Escuchadme, vieja bruja!—replicó furioso.—Todo lo que os incumbe es llevar los recados que os den. Id a verla y decidla que estoy aquí, libre y con el bolsillo lleno de dinero. Decidla, además, que vaya mañana a mi casa, que la espero hasta las doce en punto. Si antes de esa hora no va, juro que me presentaré en su casa, ¿comprendéis?

—Sí, conprendo—balbuceó Sarah.—¡Aquí están mis señas!—Y garrapateó unas palabras en un papel.—Ahora podéis volveros a desempeñar vuestra obligación un tanto desatendida. ¿Sabéis, Sarah, que es una criatura preciosa?

La niñera le volvió la espalda sin responder, y cogiendo al niño de la mano se entró con él por las puertas de Hazlewood mientras que Hervey la seguía con la mirada. Después sonrió maliciosamente y se alejó por la carretera de Blacktown. Sarah sirvió la comida al niño sin darse cuenta de lo que hacía y no probó bocado, pero sus labios se movieron sin cesar como si estuviese rezando, y su corazón elevó al cielo la más ardiente y la más ilógica de las súplicas. Sabía que ni un solo día dejaba de presentarse Beatriz para asegurarse de que no le faltaba nada al niño, así que no dió un solo paso para ir en su busca. Cuando se acercó la hora de la visita, Sarah escuchó con atención hasta que oyó un paso conocido y entonces abrió la puerta e hizo un signo a su señora para que entrase en la habitación inmediata que era el dormitorio de Enrique. Siguióla, y en la expresión del rostro de la niñera adivinó Beatriz la verdad de lo ocurrido.—¿Ha vuelto?—murmuró poniéndose densamente pálida y Sarah se arrodilló a los pies de su ama y cogiéndole la mano empezó a sollozar.—¡Sí! ¡Sí, mi pobre señora! ¡Señora de mi alma!—exclamó con voz ahogada por los sollozos.—¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto y el Señor no escuchó mis oraciones! ¡Oh! ¡Señora de mi alma, que El tienda su mano misericordiosa sobre vos y suavice las penas que os esperan!—y besó la mano de Beatriz que apenas oyó lo que la decían ni reparó en las caricias que la hacían, tan conmovida estaba.

—Esto debía suceder un día u otro—murmuró ensimis-



mada Beatriz;—hacia tiempo que lo esperaba. La espada estaba suspendida sobre mi cabeza y me constaba que algún día caería... ¿En dónde estaba?—preguntó dirigiéndose a Sarah.—Estaba ahí, muy cerca—respondió ésta y observando que Beatriz se estremecía se apresuró a decir:—Se marchó por ahora; mas le vi hace poco y me encargó del mensaje. ¡Oh! ¡Señora, no podemos esperar misericordia!

—Ni la espero ni la pediré. Decidme cuál es ese mensaje—y Sarah repitió palabra por palabra la entrevista y la entregó el papel en que Mauricio escribió sus señas.—Es preciso que vaya—añadió,—es necesario. Esa ignominia a la que no me atreví a mirar cara a cara; ese golpe al cual me negué cobardemente a prepararme, todo va a caer de una vez sobre mí. ¡Y bien! Cuando se sepa y en mi vida no haya nada oculto, quedaré al menos libre de ese terror que convierte mi vida en pesada carga.

Entró en la otra habitación en que se hallaba el niño y le abrazó y besó hasta que de pronto miró aterrada a Sarah.—Le visteis—la dijo:—¿vió él al niño?—Sarah meneó tristemente la cabeza.—¿Sabe o adivinó...?—añadió Beatriz, y Sarah respondió:—No me dijo nada, pero temo... había en sus modales algo que, a pesar mío, hizo estremecer... algo que me indicó que lo sabe todo...

—Entonces, ¡qué Dios acuda en nuestro auxilio!—murmuró Beatriz saliendo y retirándose a su cuarto y transcurrieron muchas horas antes de que saliese de su inmovilidad y sumiéndose en tristes meditaciones evocó los recuerdos de su vida durante los últimos cinco años, desde la época en que de joven expansiva e incauta, tornóse mujer reservada y melancólica, una mujer que, parte por su propia locura y parte por el crimen de otro, se encontraba en aquel momento en la situación más cruel en que haya podido hallarse ninguna otra.

## XXI

### El pasado de Beatriz

Este pasado se componía a la vez de muchas cosas que ella sabía, de otras que adivinaba y de algunas que ignoraba. Creo que es preferible para mis lectores narrar en toda su integridad ese pasado que irle reconstituyendo poco a poco y a medida que fuésemos oyendo las amargas lamentaciones que durante tan triste día evocaron sus dolorosos recuerdos. Como consecuencia de la batalla decisiva que se libró entre lady Clausón y su hijastra, sir Maingay creyó obrar acertadamente, y no por debilidad y apego a la tranquilidad, accediendo a que Beatriz abandonase el hogar paterno y permaneciese en Londres, en tanto que él emprendía largo viaje en compañía de su esposa.

A consecuencia de esto empezó para la joven una vida que prometía ser de las más tristes o monótonas si no hubiese decidido echar mano de todos sus propios recursos distraiéndose. Desde un punto de vista, no tenía que quejarse, pues una viuda y sin hijos no habría disfrutado más libertad que la que disfrutó Beatriz. La señora Erswine, su tía, que quedó nominalmente encargada de velar por ella, era una mujer de avanzada edad, demasiado ocupada con sus propias dolencias, y en exceso egoísta, que no pensaba en cuidarse de los demás, ni siquiera en sospechar de ellos, porque las sospechas traen consigo molestias y agitación. Beatriz podía, por tanto, emplear su tiempo como se le antojase, ir y venir, entrar y salir y hacer cuanto se le pasa-